

que sólo deseo su felicidad, merecer su enojo, mejor dicho, provocarle! ¡Ah! primero que hacerla sufrir, saldré para siempre de Madrid, y romperé por mi mano los dulces y fraternales lazos que me unían á Camilo.

Y éste, ¿qué tendrá? ¿de qué modo se podría descubrir, para curarla, la herida de este alma fuerte? ¡Cuán grande debe ser para que se queje así, él, tan sufrido, tan reservado! ¡Nunca le he visto abatido, y ahora me parece el gladiador romano que cae desfallecido y bañado en su sangre sobre la arena!

Ya el hielo vestirá los árboles de ese escondido valle, Mérida; pero yo lo veré todo bello y risueño á la dulce luz de sus ojos. Pronto tendrá la dicha de abrazarla su amiga

HONORIA.

VII

La Condesa á Mérida.

Madrid, Diciembre de 18...

¿Cómo estás, hija mía? Ya hace días que no veo tu letra, y este silencio, que no esperaba, me aflige y me abrumba más de lo que te puedo explicar.

Mi pensamiento está siempre fijo en ti, Mérida; tu imagen no se separa de mis ojos. Si he de decirte la verdad, he sentido mucho el dejarte ahí, tan lejos de mí, y el que te hayas casado en un pueblo que tal vez te cansará muy pronto; en una palabra, hija mía: yo, sin ti, no soy dichosa, ni podría vivir sin tus cartas. Quiero, además, que vengas á pasar algunos días á mi lado: yo necesito verte ya, y abrazarte.

Pero ¿qué digo? Mi cariño hacia ti me hace pedirte una cosa injusta: tu primer deber hoy es complacer á tu marido y á los padres de éste. No pienses en mí; si no puedes, no me escribas tampoco: yo sé cuánto me amas, y esto le basta á mi corazón maternal. Sé que el cariño que tienes á tu madre es inmenso, y que nada será capaz de alterarlo.

Recibe con dignidad, pero con paciencia, las injusticias de la madre de tu esposo: todo se soporta hasta con alegría, cuando está tranquila la conciencia; no te impacientes nunca, pero jamás descendas de tu sitio. La que se humilla ante las injurias, es que las merece: óyelas tú serena, sin enojo, y no las devuelvas, protestando de ellas con tu continente digno y tranquilo.

Préstate á ciertas cosas, pero no á todo lo que se te exija; y cuando te doblegues, deja conocer que lo haces más bien por complacer á tu esposo que por culpable debilidad.

De esta suerte, aunque, según se dice, tengas

el enemigo en casa, tendrás también amigos dentro de ella, porque tu marido, su padre y su hermano, no podrán desconocer cuánto mérito hay en tu sacrificio.

Comprendo muy bien el porqué de la animadversión de tu suegra: su carácter dominante le ha dejado conocer pocas superioridades, y de las que ha reconocido, se ha separado por instinto y por cálculo; pero si te halla buena hasta la sublimidad, y al mismo tiempo sencilla y humilde, tanto como prudente, no será difícil que, aun á su edad, cambie en favor tuyo, y por la influencia de tu bondad, su áspera condición.

Siempre es malo, hija mía, que la mujer adquiriera el hábito de dominar; pero este hábito, que en los grandes círculos suaviza y modera la buena educación, entre las gentes vulgares se hace intolerable.

La mujer culta, elegante y de talento, sabe dulcificar lo rudo de su dominio; pero ¡cuánto más penoso será, pobre hija mía, el que te impone esa mujer tosca! Muchas veces me he preguntado por qué cedí y concedí tu mano á Bautista; pero mi conciencia se tranquiliza cuando me responde que fué porque tú le amabas: no podía yo quitarte el supremo bien del amor, y mucho menos conociendo que él es capaz de inspirar ese amor y de conservarle.

Ya es tiempo de que te hable de tus deberes para con tu marido; porque á pesar de ese lumi-

noso talento de que te ha dotado el cielo y que tanto me enorgullece, algunas veces, hija mía, tiemblo al pensar en tu inexperiencia y juventud: ¡sólo tienes diez y seis años! Permite, pues, á tu madre, ó más bien á tu mejor amiga, algunos consejos para tu bien, algunas advertencias saludables.

Mélida, no debes obrar, respecto de tu marido, sólo con el corazón; pídele auxilio á la reflexión y algunas veces al cálculo: así él, como los demás, y según te he dicho antes, que lo deban todo á tu bondad, pero nada á tu debilidad; que tu marido te ame, pero que te respete y te estime, y que vea en ti un instinto de justicia y de prudencia que le haga apreciar y pedir tu consejo.

Sé cariñosa y amable siempre, jamás oficiosa; todas las mujeres despreciadas, lo son porque ellas se han rebajado antes. Sé la compañera de tu marido, la amiga y el consuelo; no su servidora, y menos su esclava. Prevén sus deseos y sus comodidades, porque ese es tu deber; pero si, después de cumplido, le ves de un humor irascible y violento, haz como que no pones atención en ello, y retírate á tu cuarto para no soportar lo que no mereces sufrir.

No obstante, si su irritación nace de alguna desgracia, consuélale, y haz por dulcificarle: sólo el mal humor inmotivado ó arbitrario puede tomarse por ofensa. Si te dice «yo sufro», mira por qué, y aliéntale con esperanzas y con la fe de tu amor.

Jamás, cuando te convide á salir con él, le respondas con un no duro y helado, ni siquiera con una excusa: acompáñale siempre que él lo desee; y para esto deja todas tus ocupaciones, todas tus distracciones, el placer de leer y el de arreglar tu casa; sal con él aunque te halles indispueta, aunque te halles triste ó poseída de esa melancolía que á veces nos atormenta, y que nace de las continuas luchas de la vida; porque si te niegas una vez y otra, saldrá solo para evitarse más negativas, y dentro de poco le disgustará que tú le quieras acompañar alguna vez.

Que vea en ti á su mejor, ó más bien á su único amigo; á la compañera de sus pesares y de sus alegrías; á la persona que más le ama en este mundo.

No le ofendas nunca, y conserva ese respeto que es la base de la felicidad del matrimonio. No será extraño que se falte él á sí mismo, porque apenas hay hombre que sepa conservar inalterable su dignidad; creen que, por lo mismo que son fuertes, tienen derecho para todo: á veces su enojo y hasta su alegría toman las formas más ridículas. Pues bien, hija mía: si en acciones ó palabras le ves descender, procura levantarle, haciendo como que no entiendes aquello, ó con el silencio más absoluto; y después, cuando haya vuelto á adquirir serenidad, hazle entender, de un modo suave é indirecto, cuánto te ha extrañado lo que has visto.

Elógiale siempre que te sea posible, sin adularle: tu talento sabrá—estoy segura de ello—distinguir la alabanza de la lisonja, cosa que muchas mujeres confunden y que da muy distintos resultados; porque la alabanza enaltece al que es digno de ella, y la adulación rebaja al que la emplea.

Una gran parte de los malos esposos lo son porque les han tocado en suerte mujeres que valen tan poco, que lo que ellos valían se ha ido disminuyendo cada día con el contacto de aquella perfecta nulidad; porque hay mujeres que pasan por muy buenas, y que son tan inofensivas, pero tan inútiles, como los muñecos de yeso que venden los pobres artífices ambulantes que la Italia nos envía.

Los esposos de esas mujeres, al verse tan superiores á ellas y que se doblegan bajo su férreo yugo, se creen semidioses, y cada día dejan caer sobre las desdichadas más pesadamente el látigo del despotismo.

La mujer debe ser, ante todo, digna; porque si bien la paz doméstica exige á veces sacrificios, jamás se le debe hacer el del propio decoro.

Tu marido tiene su sitio; tú tienes el tuyo: no los cambiéis jamás, porque de esa falta de equilibrio nacen todas las desgracias de las familias.

El hombre es el jefe de su casa; de él debe nacer la iniciativa para todo lo que toca á la prosperidad, al manejo de los negocios y al porvenir de

sus hijos; él debe ser el amparo de los suyos y el dueño de la fortuna; pero si la esposa tiene talento, dominará al hombre mismo con el prestigio de sus gracias.

Bautista, hija mía, será todo lo que tú quieras que sea; porque afortunadamente no se ha casado contigo porque eres bella, sino porque eres buena, interesante y adorable.

No descuides los atractivos que debes á la naturaleza: sé elegante siempre, para ser agradable; envuélvete en el manto delicado de la distinción y de la coquetería; viste, no como la madre de tu marido, sino como tu madre y tu hermana, y haz que tu marido vista como tú: él es igual á ti; los demás, no; y del conocimiento de esta diferencia, nacerán la gratitud y el respeto de Bautista para su esposa.

No dejes de escribirme, á lo menos cada dos días, Mérida: ya ves que yo lo hago también, aunque no tan largo como quisiera, porque he estado ocupada con Clara en arreglar su casa. Adiós, y recibe el abrazo que, con toda su alma, te envía tu madre,

LUISA.

VIII

El Duque de Richeville al Conde de Peñafiel.

París, Diciembre de 18...

Tu carta me ha hecho una impresión que apenas podría explicarte.

¡Qué grande debe ser la herida de tu alma, para que así te quejes, siendo tan sufrido, tan valeroso!

Créeme, Camilo: vuelve al lado de esa mujer que has visto en mal hora; mírala de cerca y descubre sus defectos; de lo contrario, estás perdido.

La ausencia es mal remedio para curar el amor, y mucho peor cuando el amor es ideal; acércate á ella, y cura con la prosa de la vida esa fiebre poética, que no es la menos peligrosa de las fiebres.

Te conozco: si esa joven escucha con placer tus lisonjas; si te da la más leve muestra de flaqueza, ya está roto el velo de tus ilusiones: sólo lo imposible es capaz de cautivarte así.

Si se muestra contigo severa ó amedrentada, también caerá de su pedestal ante tus ojos. ¿Quién puede conservar tus ilusiones, si son flores más delicadas que las que nacen y mueren en una mañana de Mayo?

Así, pues, amigo mío, el mal puede curarse en

el supuesto que tú lo desees; la medicina está en tu mano: acércate al idolo... y él caerá hecho pedazos.

Yo no soy tan poético, tan exigente como tú, y sin embargo, pocas veces me he acercado á una mujer que no haya perdido mis ilusiones.

La que me pareció superior á todas, fué mi esposa... tú sabes de qué modo las mató una por una.

Tu honradez creará hacer á Clara una ofensa acercándote á su hermana; pero más la ofendes alimentando esas quimeras, que, no por ser casi infantiles, dejan de ser también el verdugo de su felicidad y de la tuya.

Camilo: por amor y por respeto hacia esa noble y bella joven cuyo porvenir te han confiado, cúrate; marcha á ese pueblo; vé á Mérida: supuesto que ella ignora tu pasión, no hay ningún inconveniente en que la veas y la hables, en que entres en su casa á todas horas. Milagro será que á los pocos días no te rías de tí mismo, que es lo que sucede á todos los visionarios.

Si te parece aventurado el paso que te aconsejo, procura avenirte al carácter de tu esposa y estimar su belleza, que según he oído al insípido Marqués de Montemar, es admirable; y á propósito: ¿sabes que su mujer es la más linda criatura que he visto? Tiene una gracia encantadora; además, tiene lo que me divierte á mí, que son las miradas, las sonrisas y las actitudes afectadas, pero afectadas de un modo delicioso. No habla,

no se ríe, no se mueve, que no sea de un modo calculado delante de su espejo; es una muñeca, pero una muñeca que no tiene igual.

Su tren es el de una princesa: no le falta ninguno de esos detalles que envidian las mujeres y que seducen á los hombres. Como sólo están por temporada, no han puesto casa; pero tienen una elegante y confortable habitación en el Gran Hotel; una habitación grande, suntuosa, perfumada y cargada de flores, que los amigos de César pagan á subido precio en los invernaderos para obsequiar á Valentina.

Esta es coqueta con todos. Cuando va al teatro, uno la lleva el ramillete, otro la bolsa de raso que contiene sus gemelos; detrás del coche va un lacayo con un almohadón de terciopelo para los pies; cuando llega al teatro, uno de los amigos la despoja de su capa de cachemir blanco guarnecida de armiños; otro le acerca el sillón á la barandilla, y otro sale para comprarle una bolsa de dulces.

Esta Marquesa de diez y seis años, con sus ojos de azul obscuro, sus cabellos negros, su tez de nieve y rosa, vestida de seda blanca y encajes, coronada de brillantes, coqueta y cargada de perfumes, tiene trastornados á todos los *liones* de París.

No recibe más que desde las tres á las seis de la tarde, y muchos días á ninguna hora; tiene el talento de hacerse desear, lo que es extraño, porque,

según he oído, es hija de unos toscos labradores. Sus maneras son perfectamente distinguidas: he oído decir que posee un talento natural admirable; pero á mí me parece imposible que una joven que discorra se ocupe de semejantes puerilidades y pase su vida delante del espejo.

El otro día pensaba yo que podría divertir tal vez mi antigua y ya fastidiosa viudez emprendiendo la conquista de Valentina; me acordé de lo que casi siempre tengo olvidado: de que soy Duque y de que no tengo cojera, joroba ni ninguna imperfección que choque.

No me digas que es una cosa ruin el engañar á César: éste no merece ninguna consideración; hace la vida del bruto: comer, beber y divertirse; creo que se ha olvidado de que sabe leer; su mujer es para él como un gracioso mueble, nada más.

Pertenece, pues, á la numerosa cohorte de maridos que son y merecen ser engañados por sus mujeres.

A pesar de estos pensamientos que me asaltan, de estas reminiscencias de mi alegre pasada vida, pienso mucho en tí, mi querido Camilo; quisiera estar á tu lado para aliviarte, y creo que, si sigue tu mal, iré, para intentar tu curación, y eso que creo que me voy enamorando de esta linda y dengosa Marquesita.

Tiene para mí aún otro encanto: se pinta; y una mujer bonita, pintada, ha sido siempre para mí el más precioso de los cuadros.

Se hace en sus grandes ojos azules una raya negra, que les da una expresión arrebatadora; su tez desafía al nácar en pureza y blancura, porque á su belleza natural se añade la que le presta algún hábil perfumista; dos lunares negros y pequeños, el uno en la garganta y el otro al lado izquierdo de su pequeña boca, acaban de hacerla encantadora.

Y bien: ¿por qué hemos de culpar á las mujeres si se embellecen todo lo posible? ¿Nos extraña que se adornen con un lazo, con una flor? ¿Nos desagrada que se sonrían cuando tienen una bonita dentadura? ¿Por qué, pues, culparlas porque se adornen y embellezcan la tez? La naturalidad sólo se desea en la mujer propia, y aun muchos maridos de talento hacen ya como que no ven el auxilio del arte sobre el rostro de sus esposas.

Termino esta carta algo más tranquilo que la empecé, porque se me figura ver en tus labios una sonrisa al leer lo que contiene. De propósito te he escrito frivolidades para distraerte, aunque es difícil conseguirlo cuando padeces en el alma, que es con demasiada frecuencia. Repito, al abrazarte, mi consejo: busca pronto defectos positivos, para olvidar perfecciones ideales; de lo contrario, es posible que tu mal se aumente, y con el tiempo llegue á ser irremediable.

OCTAVIO.

IX

Juan Bautista á Luciano García.

Urrea de Jalón, Diciembre de 18...

De ingrato podrás culparme, amigo mío: te he dado derecho para ello con mi largo silencio. No te he escrito desde que me separé de ti; de ti, tan bueno para mí, tan cariñoso: no esperes, pues, excusas, porque no sé mentir á nadie, y menos á ti, á quien estimo y amo; te diré la verdad, y tú me perdonarás.

Ya sabes, porque te lo he dicho mil veces, de qué modo amaba á Mérida; ya sabes que la privación de verla casi me costó la vida. Pues bien: conociendo el exceso de mi pasión, me creerás cuando te diga que, al volverla á ver después de creerla perdida para siempre, me olvidé de todo lo demás.

No debe sentirse dos veces en la vida lo que yo siento por Mérida: es una absoluta subyugación de mi ser moral é intelectual, de la que no me sé dar cuenta. Luciano, si me vieras, conocerías ahora que ya he agotado el manantial de las venturas humanas, y que ya puedo morir contento.

Sin embargo, este cielo azul de mi vida no está exento de tempestad: algunas veces sufro mucho;

no pocas he tenido casi impulsos de aborrecer á mi madre.

Mi esposa padece mucho con ella: es injusta y cruel para la pobre niña, que sólo anhela complacerla. Calcula la horrible violencia que mi mujer habrá de hacerse para dedicarse á ciertas cosas, á las que no sólo no se halla acostumbrada, sino que ni aun ha visto jamás; y, sin embargo, si la vieras, dirías que hallaba la mayor felicidad en desempeñarlas: cualquiera se convencería de que toda su vida se ha pasado dando de comer á las gallinas, limpiando habitaciones, planchando camisas de lino de labradores y haciendo natillas y pastelillos de dulce.

En sus ratos dichosos, como ella llama á los que pasa sola conmigo, se ocupa de bordar la camisa de novio de Santiago, cuyo matrimonio con María se verificará en breve; esta camisa es uno de los regalos que ella prepara á mi hermano, y que oculta de la perspicacia de mi madre.

En cuanto á mí, me parece que hay un cielo en la tierra, y que este cielo me lo ha concedido Dios; y esto, no obstante lo que sufro al ver la injusta prevención de mi madre hacia este ángel que ha venido á llenarlo todo de luz con su presencia.

Hallo ahora mil goces del alma, en los que soñaba sin saberlo yo mismo, y que creo que ignoraba que existiesen. Mi lecho está cubierto de ropas delicadas y guarnecidas modestamente, pero con una gracia infinita; en el agua en que me la-

vo cada noche antes de acostarme y cada mañana antes de vestirme, una mano cariñosa vierte algunas gotas de un perfume suave y dulce; á la cabecera de la cama hallo una bata, regalo de Mélida, muy sencilla, pero mucho más cómoda que la levita que me hacía poner mi madre, y que me oprimía porque me estaba ya muy pequeña; camisas finas muy blancas y muy bien planchadas por su mano, han reemplazado á las que llevaba antes, de lino tosco y moreno, y que mi madre decía, cuando yo me quejaba, que eran bastante buenas para un tosco aldeano, cuyo padre las llevaba lo mismo.

¿Te acuerdas de mis medias de gruesa lana negra, que parecían de cura? Mélida las ha dado á un pobre viejo que llaman el tío Simón, y que es, como si dijéramos, el decano de Urrea, y ha puesto en el lugar que las tenía una docena de hilo fino y blanco como la nieve. Al ver tan delicadas medias, me dió lástima de ponerme mis zapatos gruesos con ellas, y mi buen padre pensó lo mismo que yo, porque me dijo por la noche delante de Mélida:

—Hijo, mañana voy á la ciudad y te traeré *cal-cero* fino, para hacer honor al regalo de tu mujer.

—Padre mío—dijo Mélida,—de paso cómprele usted también una levita para cuando vayamos á paseo.

—¡Eso es! ¿Y qué dirá tu madre?—exclamó mi padre con temor.

—Nada—repuso Mélida,—porque para conten-

tarla le tengo yo preparada una cosa. Mire usted.

Mélida, que se había levantado, se acercó á nuestra papelerera, pues la escena tenía lugar en nuestro cuarto, y sacó una caja de cartón forrada de tafetán azul; en la tapa tenía bordado con letras de plata este nombre:

CATALINA

Mi padre y yo mirábamos absortos aquello; Mélida destapó la caja, y apareció dentro una docena de pañuelos de hilo fino, cada uno de los cuales tenía delicadamente bordadas las iniciales de mi madre; los pañuelos estaban además atados con una cinta de raso azul.

—Con esto—dijo Mélida—la desenfadaremos si se irrita porque Bautista estrena calzado y levita.

Yo hubiera deseado que el regalo tuviese lugar aquel mismo día, para ver el efecto que producía en mi madre; pero fué preciso esperar hasta el día siguiente.

Mi padre fué á la ciudad, y volvió por la tarde. Cuando llegó, todos nos hallábamos en la sala.

Me dió un paquete, y yo le abrí casi temblando.

—¿Qué es eso?—preguntó mi madre, acercándose.—¡Una levita de paño fino!—prosiguió tomándola en la mano.—¡Botitas de charol! ¿Para quién es esto? ¿Qué señorito hay aquí?

—Bautista—respondió mi padre, no sin temor.

—Juan no se pondrá nada de eso. ¡No faltaba más! No, señora—prosiguió dirigiéndose á Mérida y echándole así tácitamente la culpa de este despilfarro.—Mi hijo no se pondrá esa ropa de Conde, porque aunque se haya casado con usted, no lo es, sino hijo de los destripaterrones Matías Valdés y Catalina Ruiz.

Mérida no replicó. Mi levita y mis botas quedaban abandonadas sobre una silla, pero después que mis padres salieron de la habitación, las recogió ella y las llevó á nuestro cuarto.

Terminada la comida, que sirvió la criada, mi madre se sentó á hacer calceta debajo del castaño grande que hay en el jardín.

Mérida se puso á coser á su lado; yo me senté cerca de ella.

—Madre—dijo Mérida al cabo de un rato,—¿quiere usted ver una cosa?

—¿Qué cosa?—preguntó aquélla.

—Una cosa que he hecho yo.

—¿De costura?

—Sí, señora. Ve á buscarla, Juan.

El enojo de mi madre se disipó en la mitad. No quiere que me llamen Bautista, sino Juan, y mi mujer procura complacerla llamándome así delante de ella.

Yo volví volando con la cajita; mi corazón palpitaba hasta querer salirse de mi pecho.

Al ver la primorosa caja, mi madre se sorprendió: no obstante, la abrió sin pronunciar una

palabra; tomó el primer pañuelo, miró la marca, y un vivo encarnado se extendió por sus mejillas, como si se hubiese avergonzado de sus ásperos modales para Mérida.

Miró uno á uno todos los pañuelos, y luego, volviéndose á mi mujer, le preguntó:

—¿Has trabajado tanto para mí?

—¡Bien poco ha sido!—repuso Mérida;—y eso poco lo he hecho con el mayor gusto, madre mía.

—¿Y cuándo lo has hecho?

—Después que usted se acostaba.

—¡De modo que no dormías! ¡Te acostabas muy tarde, y yo te hacía levantar á las cinco!

—Si á usted le gusta mi obra, ya estoy de sobra recompensada.

—¡Que si me gusta! ¡Me gusta tanto, hija mía, que toda mi vida la guardaré!

—¡Qué! ¿No los quiere usted usar?—exclamó Mérida.

—No: son demasiado finos y ricos para mí.

—Madre mía—dijo Mérida,—ni la religión ni la virtud prohíben el amor á lo bello y el uso de las cosas agradables y delicadas. Dé usted los pañuelos bastos que tenga á una pobrecita, y use esos que yo le regalo y que con tanto gusto he bordado para usted.

—De esa suerte—dijo mi madre con una bella é inteligente sonrisa,—bien puede usar Juan la hermosa levita y el elegante calzado que le ha traído su padre.

—¿Le da usted permiso para ello?—dijo Mélida.

—Sin mi permiso lo usaría también.

—¡Jamás, madre mía! Estimo demasiado á mi marido para creerle capaz de disgustar á usted ó desobedecerla.

—Pero él padecería al ver su hermoso traje colgado y al tenerse que poner uno tosco y viejo.

—Ese era su deber.

—Que se ponga, pues, el nuevo cuando tú se lo digas; y para recompensarte, te doy palabra de comprar los dos sillones que deseas que tengamos tu padre y yo.

De este modo acabó el asunto de la reforma de mi traje. Creo que Mélida ha conquistado del todo á mi madre, y que ésta la respeta y la ama tiernamente, lo que es un doble triunfo.

La superioridad de mi mujer es la primera que mi madre reconoce en la tierra; pero ¿quién no ve un ser superior en esta criatura, que posee todos los encantos de que Dios ha dotado á la mujer?

¡Bendito sea el Todopoderoso, que ha tenido piedad de mí! Porque si mi madre hubiera seguido siendo como era con Mélida, creo que hubiera dejado de amarla por su injusticia.

JUAN BAUTISTA.

X

Clara á Mélida.

Madrid, Enero de 18...

Honorina ha salido hoy para ese pueblo, hermana mía. ¡Qué peso tan grande se me ha quitado del alma! ¡Dios mío! ¡Sentir el dolor de los celos á los tres meses de casada!

Camilo nada ha debido conocer de lo que pasaba en mi interior; y sin embargo, ¡cuánto he sufrido! ¡qué tristes días he pasado! ¡cuántas noches sin sueño!

Yo, hermana mía, no me he quejado: me acordaba de haberte oído decir que el quejarse de ciertas penas es indigno, y encerré todas las mías en el fondo de mi pecho.

Camilo ama á Honorina, y ésta á él: es evidente. Muchas veces se salía mi marido de casa y se iba á la de ella: al verla entrar en la habitación en que nos hallábamos, su corazón latía de gozo... Esto él no lo sabía, pero yo lo veía muy bien...

¿Desde cuándo se amarán? Esta es la pregunta que me hago cada día. ¿Qué tendrá esa mujer para los ojos de mi marido que yo no posea? Hermana mía, Dios sabe que no pasa un día sin que

le pida la gracia de hacerme amable á los ojos de Camilo.

Mas, en fin, ella se aleja, y está bastante distante el sitio donde va y del que ojalá que no volviera nunca.

Hay en los celos cierta cosa vergonzosa y triste, ¿no es verdad? Parece como que se halla una rebajada á sus propios ojos sólo con sentirlos, y los oculta de los de todos con el mayor cuidado.

¡Chasco amargo ha sido el que me he llevado al hallar á mi marido lo mismo que á los demás hombres! Él tampoco es fuerte, y, sobre todo, ¡ay de mí! ¡no me ama! Si me amase, ¿amaría también á otra? ¿Huiría de mí como lo hace? ¡Ah, no, y mil veces no!

A pesar de mi propósito firme de disimular, si los labios han callado, el rostro ha vendido mi secreto. Camilo me ve siempre con ceño; pero ni se queja, ni me reconviene: hace como que no ve mi tristeza y mi enojo; ¡tanto peor para él! La indiferencia de los hombres nos releva, á mi parecer, de muchas consideraciones.

¿Por qué no he de brillar en el mundo, siendo, como soy, buscada, aplaudida y halagada en él?

¿Por qué he de vivir en este perpetuo retiro? ¿Acaso para acompañarle á él, que suspira por otra? ¡No, no! Yo iré á todas partes, ya sea sola, ya con nuestra madre; yo disfrutaré de las diversiones; me abonaré á los teatros; oiré las galanterías de todos, y con mis coqueterías alen-

taré á los que me las dirijan. ¡Más paciencia y resignación he tenido para la causa del mal que para sus efectos! ¡Estos son los que no puedo soportar!

¡Ay, hermana mía! Camilo se casó conmigo por lástima, ahora lo conozco; y esta idea me humilla tanto, que desearía morir... ¿Para qué quiero yo la vida? ¡A pesar de mi decantada belleza, no he hallado aún quien me ame de veras... nadie, ni aun mi marido!

Nuestra madre nada sabe de mis penas: sólo á ti te las confío, porque ella se afligiría demasiado. ¡Pobre madre mía! ¡Me cree feliz, y no me atrevo á desengañarla! Tú, Mélida, que tienes tanto tacto y tanto talento, háblale á esa mujer, procura sondear su corazón y averiguar si Camilo se casó conmigo sólo para ocultar sus relaciones con ella, según me temo.

¡Oh, Mélida, si pudieras venir! Todos suspiramos aquí por tu presencia: hasta Camilo te nombra sin cesar, y creo que él sería tan dichoso como nuestra madre y como yo, si pudiésemos alcanzar que vinieras algunos días entre nosotros.

¿Cómo se pasa ahí tu solitaria vida? Egoísta como lo son todos los que sufren, no he hablado en esta carta más que de mí, y, sin embargo, yo pienso en ti á todas horas y me compadezco de ti aún más que de mí misma.

¡Qué triste cosa es la pobreza! Por ser pobre nuestra madre, te has casado tú con ese labriego;

por lástima á nuestra pobreza, se casó conmigo el Conde de Peñafiel... ¡Cómo aborrezco á los opulentos!

Camilo me dijo ayer que Valentina se viene de París con su marido: ¡esos sí que están mimados por la fortuna! ¡Qué dichosa será ella! ¡Pero yo!... ¡ay! amo tanto á Camilo, que si no puedo ocupar mi sitio en su corazón, le pediré al cielo la muerte, como el mayor favor que de su piedad puedo esperar.

¡Adiós... las lágrimas me ahogan! Recibe un abrazo de tu desgraciada hermana,

CLARA.

XI

César á la señora Mariscalá.

París, Enero de 18...

Con el corazón lleno de lágrimas, llego á ti, madre mía, en busca de mi perdón.

Te he dado derecho para creer que te había olvidado, que ya no te amaba; pero no es así. He vivido obcecado durante algunos días, es cierto; pero tu noble imagen vivía dentro de mi alma. Hoy, que sufro, vuelvo á ti mis ojos contristados, del mismo modo que los volvemos al cielo cuando las miserias de la tierra nos lastiman.

¡Yo, madre mía, soy muy desgraciado! Vivo solo en este gran París; apenas veo á Valentina, que se ha ido emancipando poco á poco; que tiene su habitación, en la que no puedo entrar sin pedir permiso; que come con sus amigas cuando le parece, y que gasta de su sueldo particular.

¿Será esto *el buen tono*?

Dicen que sí; pero ¡ah, qué poco se parece esta continua afectación á la noble y digna cortesía á la que tú me tenías acostumbrado! Desde que sufro, pienso, y he aprendido á distinguir la cosas; creo que vivir así es no tener corazón, y que lo que tú nos has enseñado es el respeto mutuo y las cariñosas deferencias que sostienen la buena armonía en la familia.

Me parece que haciendo Valentina la vida que hace, yo debía imitarla: yo debía irme de caza con mis amigos, tener comidas de hombres solos, y buscar devaneos de amor... ¡pero no puedo hacerlo, madre! Tu santo ejemplo, las máximas religiosas que desde mi infancia me han inculcado, los consejos de aquel honrado anciano que fué mi ayo, no es posible que se borren en tres meses de estancia en este centro de la disipación.

Soy aún bastante joven y bastante inocente para no vivir tranquilo aquí. Amo á mi mujer, y no sé de qué manera reprimirla ó castigarla por su incalificable conducta.

Conociendo la ceguedad de mi pasión, Valentina hace alarde de una voluntad de hierro; pero no

para lo bueno, como tú, sino para todo lo que discurre su capricho y que apetece su fantasía: veo en derredor suyo una cohorte de hombres á la moda, que ó no hacen caso de mí, ó me hablan con cierta especie de conmiseración burlona.

Y luego, ¡mi mujer es tan superficial! No se puede hablar con ella de nada grave ó serio: sólo tiene una conversación animada, por espacio de algunos minutos, con su modista. Todos los dulces sentimientos del corazón le son desconocidos, y su principal, ó casi su único cuidado, es causar envidia á las demás mujeres.

Preciso es confesar que esto lo consigue.

No hay ninguna tan bella como Valentina: ninguna vestida con tanta elegancia y magnificencia; ninguna de maneras más graciosas y más escogidas.

Y, sin embargo, todo esto es un mal para mí, puesto que estoy reducido á envidiarlo, puesto que es para los demás, y que á mí nada me llega.

Valentina se muestra conmigo áspera y desabrida; todo cuanto hago y le digo la incomoda; y lo mismo que la molesta en mí, aplaude en los demás.

Y luego, á pesar de este barniz exquisito que ella ha sabido tomar por sí misma y que la hace tan encantadora, yo sufro mucho en sociedad, porque, aunque educada con esmero por aquella joven y bella preceptora á quien tú conoces, todo lo que sabe es tan superficialmente, que los mal-

dicientes pueden ejercitar en ella su mordacidad.

Habla el francés muy mal; á pesar de tener una voz encantadora, es muy poco inteligente en la música, y sólo dibuja algunas cabezas muy medianamente.

En cuanto á esa instrucción tan precisa para tener un trato agradable, es increíble que posea tan poca: no sabe nada de historia ni de geografía; no raciocina, no piensa siquiera; no sabe hacer otra cosa que oír las galanterías de los hombres y aburrirse cuando está sola conmigo.

¿Qué papel hará ella en los salones de Madrid, para donde saldremos dentro de breves días?

Aquí, con cantar algunas cancioncitas españolas y con hacer algunos dengues, llena perfectamente su papel, porque es bonita, joven y extranjera; pero ahí, en esa sociedad severa que no se deja alucinar por las farsas; delante de los elevados talentos que nos han de rodear; al lado de esos hombres cuyas cabezas están encanecidas como lo estaría la de mi padre, ¿qué papel hará Valentina? Aquí basta brillar para ser acatada; ahí, no: al que vale, se le estima; al que no vale, le adulan algunos y le desprecian todos: las ligerezas de mi mujer se culparán, y con razón; se reirán de su lenguaje afectado, de sus posturas estudiadas, y yo seré muy desgraciado, porque la amo.

Sin embargo, es urgente para mí salir de París; entre los muchos que rodean á Valentina, hay un Duque de Richeville, á quien aborrezco de muerte.

Es joven y posee una de las más bellas figuras que he visto; sus modales son insinuantes y expresivos; su trato, encantador. Valentina le distingue más de lo que aconseja la prudencia, entre esta turba que la lisonjea.

Yo, aburrido y sin decidirme á tomar el partido de hacer lo que aquí se llama la vida de gran señor, es decir, vivir en el desorden, debo aparecer un estúpido á la vista de esos hombres espirituales y cáusticos: apenas hago otra cosa que dormir ó pasearme solo por los grandes jardines de las Tullerías, adonde voy para pensar en ti y en mi hermanito.

¡Ah! la sola compañía de Aurelio me sería aquí tan grata...

En fin, madre mía, yo soy infeliz, y no sé por qué: paréceme que hay en torno mío una sima invisible, pero cuyo vacío siento con el corazón temeroso y entumecido de un frío mortal.

Aconséjame, madre mía, y dime lo que debo hacer: sólo á ti puedo pedir ayuda en este doloroso trance. ¿A quién confiar estas penas vergonzosas y vagas, que no son nada contadas, y que, sentidas, despedazan el corazón? Hay llagas que sólo la suave y santa mano de una madre puede curar.

Aquí paso por idiota, y soy sólo muy desgraciado. Dime, ¿tendrá remedio el carácter de Valentina?

¿Es que no me ama, ó que su afecto no halla otras formas mejores?

Yo conozco que aún soy bueno, pero que mi paciencia desfallece y mi razón vacila; conozco que, si ella quiere, aún podemos ser felices; pero que de su mano ha de venir el remedio, y que, si no lo pone, vamos á ser muy desgraciados.

El único hombre á quien podía yo abrir mi corazón, me ha cerrado el suyo: Camilo. ¡Cuántas veces he pensado en su franca y leal amistad!

Comprendo, madre mía, que, como tú decías, las mujeres más elegantes, más coquetas y más pagadas de sí mismas no son las mejores esposas, y que la modestia, la laboriosidad, la prudencia y la bondad son preferibles á la hermosura, y constituyen la mejor dote para el matrimonio.

Pero, en fin, lo hecho, hecho está; y hoy hallo todo mi consuelo en pensar que tu voz querida vendrá á mi socorro, porque jamás llama en vano un hijo al corazón de una madre.

CÉSAR.

XII

Mélida á Clara.

Urrea, Enero de 18...

Tu marido no ama á Honoria: lo sé; estoy segura de ello, y por eso te lo puedo asegurar á ti. No, no miente aquel acento con que, al abra-

zarme deshecha en llanto que arrancaban á esta desgraciada mujer tus sospechas, me ha jurado que jamás le ha dirigido Camilo ni una palabra de amor, ni una sola que no hubiera podido oír una hermana.

Clara, yo creo que tu imaginación ardiente sueña penas, y que tú puedes decir con una dulce poetisa:

Y es lo mismo que todos los pesares
del mundo tenga, ó que los sueñe todos,
si se sufre igualmente de ambos modos.

Sí, Clara: sueño y no más son las penas que hasta ahora te han aquejado. Viéndote demasiado feliz al lado de Camilo, te asustaste de tu propia dicha, y buscaste al lado de la felicidad el dolor, temerosa de perder aquélla.

Porque si tu marido no ama á Honoria, ¿á quién amarás? Sólo de ella sospechabas; sólo hacia ella crees que se encaminaban el pensamiento y el corazón de Camilo. Pues bien: ya puedes vivir contenta y tranquila, mi pobre Clara; no existe nada de lo que suponías.

Honoria llegó hace dos días: no te he escrito antes, porque quería observarla para consolarte ó reconvenirte. Felizmente, tengo que hacer lo segundo: ¡ingrata! ¿por qué no te aseguras de si son tus males verdaderos, antes de afligirme con ellos?

Honoria está tranquila; una sola pena tiene: que la hayas juzgado infiel á tu amistad.

Esclarecido ya este punto, pasaré á hablarte de mi vida, que ha tenido alguna variación.

Mi madre Catalina se va volviendo cada día más condescendiente conmigo, y me parece que su carácter ha cambiado de una manera radical. Cuando la pedí permiso para recibir á una amiga que quería pasar á mi lado algunos días y que se hallaba triste y delicada de salud, me preguntó:

—¿Es verdaderamente tu amiga, ó es de esas muchas á quienes en las ciudades dais ese nombre?

—Es la mejor amiga que he tenido nunca, madre mía—contesté;—es la excelente señora que rigió mi educación.

—¿Una que es francesa?

—Sí, señora.

—Pues, hija, lo que es en Valentina ha dado una muestra fatal de lo que es la educación que sabe dar: es verdad que aquélla nació ya con inclinaciones que tú no tienes. Si es amiga tuya, basta para que sea aquí muy bienvenida; le dispondremos el cuartito de los tilos: ¿será bastante bueno?

—¡Que si será bueno! Ella le encontrará encantador, madre mía.

—Pues cuídate de que Juana lave muy bien los ladrillos y los cristales; y luego, que baje Antón el rollo de estera fina que sobró de vuestro cuarto, y que lo alfombre con él; más tarde iré yo á dar una vuelta.

Entre Juana, Antón y yo hemos arreglado el

cuartito de los tilos, porque hay dos delante de la ventana, tan grandes, que en el verano le prestan como una cortina de follaje y de verdor.

No te puedes figurar, Clara, un sitio más encantador para leer, para bordar ó para meditar que este pequeño aposento, sentándose junto á la ventana.

Las sillas son de anea, pintadas de verde; yo tengo dos colgaduras para la mesa de mi tocador, y saqué la que guardaba de reserva, vistiendo con ella una mesita para Honoria. Acababa de arreglarla, ayudándome Bautista, cuando entró nuestra madre: se detuvo á la puerta, y recorrió el aposentillo con una mirada casi triste.

—Esto no está bien—dijo.—Juan, hijo, monta á caballo; que Antón monte también, y marchad á la ciudad á comprar lo que falta aquí; que haga Mérida una lista.

Después de decir estas palabras, me tomó de la mano y puso en ella un envoltorio de papel muy pesado, aunque muy pequeño.

—¿Qué es esto?—dije yo.

—Esto es—repuso,—que tu padre ha vendido algunas piezas de tu pinar, porque le hacían buen partido y convenía aclararlo un poco para que cobren más vigor los pinos jóvenes. El lo entiende como nadie. Aquí tienes el importe, hija mía: son seis mil reales; ya lo sabe Juan, que hizo el ajuste con su padre.

—¡Madre!—exclamé,—¿qué le he hecho yo

para que así me ofenda? ¿Piensa usted acaso que yo tomaré dinero alguno? ¿Había de ser mi padre el administrador nada más de lo poco que mi madre pudo darme? Ponga usted ese dinero con los demás fondos de la casa.

—¡Pero si es tuyo!

—Nada hay aquí mío: todo es de ustedes en tanto que vivan. Juan y yo sólo queremos una pequeña pensión para dar limosnas, para comprar libros y para que no me falten útiles de costura, á fin de que yo pueda bordar.

Nuestra madre calló; pero aquellas dos anchas lágrimas, lenguaje mudo y elocuente que expresa siempre en ella una fuerte emoción, rodaron por sus mejillas.

—Juan—dijo á mi marido,—en vez de ir con Antón, te vas con Mérida, y vas al mejor taller de coches á elegir uno que le guste á ella.

—¡Un coche!—exclamé yo;—¿para qué?

—Para que Juan y tú vayáis á la ciudad. En casa hay muy buen ganado y criados; sólo cuesta comprar el coche, y así vais con más comodidad. Tienes para ello; cómpralo tan lujoso como quieras. Para que os lleve ahora, voy á enviar á pedir el suyo á la señora Mariscala.

—No haga usted eso—la dije yo.

—¿Por qué?

—Iré con Juan en el carrito cubierto de casa.

—¡Cómo! ¿Irás tú en el carrito?

—Sí, madre mía: ¿no va usted?

—¡Yo es otra cosa!

—Ciertamente: por eso lo que vamos á comprar, ya que usted nos lo permite, es, no un elegante landó ó una lujosa berlina, sino una cómoda y espaciosa tartana, donde vayamos toda la familia. Podremos ir en ella usted, mi padre, el señor cura, su hermana, Santiago, María, Juan y yo; además, cabrán también todas nuestras compras y provisiones.

—¡Eso será muy bueno!—exclamó mi madre,— ¡y en ella podremos ir á comer á las viñas!

—Ya se ve que sí, y traer buenos cestos de uvas.

—¿Y no te disgustará ir en ella?

—¿No le digo á usted que voy á ir con Juan en el carrito?

—Pues á la vuelta traeros la tartana: toda mi vida la he deseado; pero no me atrevía á comprarla, porque no me criticaran en el pueblo. Ahora, con la excusa de que es para ti, porque á ti te está bien y á mí no, nada dirán.

—Madre mía, obremos bien, y que digan lo que quieran. Usted no querría salir en una berlina; pero irá bien en una tartana. Compremos, pues, la tartana.

—Está dicho: os vais Juan y tú en el carrito, del que tirará el caballo tordo; Antón irá con vosotros, montado en el negro. A la vuelta, enganchará uno de los dos caballos á la tartana y otro al carro, en el que se vendrá él.

—Madre—dije yo,—hagamos otra cosa. Usted y yo nos vamos en el carro; Juan y Antón á caballo; á la vuelta nos venimos los tres en la tartana y Antón en el carro.

—¿Pero para qué me queréis á mí?

—Yo por mí iré más contenta. De paso compraremos el traje que va usted á regalar á María.

—Cómprale tú á tu gusto.

—¡No, no!; con usted.

La buena anciana no deseaba otra cosa. Se puso su vestido negro, su pañuelo obscuro y su mantilla de merino y terciopelo; yo me arreglé un poco, y subimos al carrito.

¡Juan era tan feliz!... Sus miradas me daban gracias, como si fuera para mí un gran sacrificio el ir con su madre.

El carrito, al volver, llevaba un reclinatorio, una caja con cortinas, peines, pomadas y otras varias cosas para el adorno del cuarto de los tilos.

Antón iba en el carro; Juan, su madre y yo en la tartana que compramos, y que es grandísima y muy cómoda.

Por la noche llegó Honoria. Juan, nuestros padres y yo fuimos á esperarla en la tartana.

—Bienvenida sea usted, señora—dijo mi madre.—Es usted amiga de nuestra niña, y basta para que la queramos.

—Nuestra casa es pobre y tosca—añadió mi padre;—pero hallará en ella mucho cariño.

—¡Gracias, señora Catalina! ¡Gracias, señor

Matías!—exclamó Honoria estrechando sus manos.—¡Yo los conozco y los estimo desde hace largo tiempo!

Pronto te volveré á escribir, Clara. ¡Quiera Dios que en tu primera me puedas decir, como yo ahora, «¡soy feliz!»

MÉLIDA.

XIII

La Mariscala á César.

Castillo de Montemar, Febrero de 18...

Tienes razón, César. Jamás llama en vano un hijo al corazón de su madre: siempre halla en él escrita la palabra *perdón*.

Mucho he sufrido, hijo mío; mucho he llorado por ese casamiento, que yo sabía había de ser para ti una fuente inagotable de dolores; pero todo lo olvido: sólo quiero consolarte y salir á tu socorro, ya que me llamas en tu ayuda.

Veamos la cuestión clara y tal como es en sí, y no te ofusques ni te abatas á la primera tempestad de dolor que ruge sobre tu cabeza.

Te has casado con Valentina, que es una niña, siendo tú un niño también: he aquí el primer mal; pero éste es irremediable y no debemos pensar en él.

Todos los defectos de que me hablas esperaba yo hallarlos en Valentina: es preciso, es indispensable que los tenga. La vanidad ha hecho de ella su presa, y no la soltará; le parecerá mejor que tú el que lleve un título más pomposo, el que baile mejor, el que sepa decirle más necedades, con tal que las cubra con la capa de la galantería.

Debía haberse casado con un hombre grave y respetable, dentro de cuatro ó seis años; con un hombre nacido en su misma esfera, pero jamás contigo.

Sin embargo, el mal, como dije antes, ya está hecho, y nada alcanzaremos con lamentarlo y tratar de enmendarlo completamente. Vamos á ver si podemos remediarlo en lo posible, y para esto, hijo mío, puedes poner mucho de tu parte.

Escucha: Yo me casé muy joven con tu padre, que puede decirse me educó á su antojo, pues yo me plegaba á todos sus gustos sin dificultad alguna.

Procura tú educar á Valentina, mejorar su indole é inculcarle el sentimiento del decoro y del deber.

Mira que no hay esposa mala con marido bueno, á no ser que aquélla sea un monstruo, lo que está muy lejos, á Dios gracias, de ser Valentina.

Al hombre le toca ser amable y condescendiente con su mujer.

Guarda á la tuya las atenciones del amante, y haz que ella encuentre en ti la protección del ma-

rído, esto es, el valor que se respeta, y la dulzura que atrae y que cautiva.

Háblale con firmeza cuando sea preciso; pero jamás de manera que puedas herir su amor propio.

Procura que, comparándote con los otros, halle en ti todas las ventajas, y á este fin sé para ella el más galante, el más complaciente y cariñoso de los hombres.

Yo no vi en el mundo á ninguno con quien poder comparar á tu padre, y mi virtud consistió no poco en que todos me parecían inferiores á él en todos conceptos.

Venid á Madrid, adonde yo marchó dentro de pocos días, y donde trataré de ayudarte á cambiar, si es posible, el carácter de tu esposa.

A no ser porque á Valentina no le gustará estar en este humilde pueblo que, según dicen, aborrece, quisiera, César, que pasaras aquí algunos días sólo para ver á Mélida.

Esta niña es un ángel, y desde que la veo me he reconciliado algún tanto con los matrimonios desiguales.

Esta niña, bella, delicada, llena de distinción, ha hecho prodigios en el ánimo de estos labriegos: todos la adoran, y, lo que es más raro, todos reconocen su superioridad.

Su suegra es una tosca aldeana, muy brusca y muy regañona; sin embargo, Mélida la ha vuelto de carácter blando, afectuoso y casi tierno.

Mélida ha hechizado á todos: para cada uno

tiene obras y palabras agradables; ya no se está mal en casa del alcalde: allí hay un perfume de decencia y hasta de elegancia, que reanima y conmueve dulcemente.

Yo misma me hallo bien ahora en casa de Catalina. Mélida no se ha hecho labriega al casarse con un aldeano, no; por el contrario, todos se han vuelto decentes y bien educados, como ella lo es, en aquella casa. A la manera que poniendo una rosa entre un manojo de alfalfa, la rosa no se vuelve verde, sino que transmite su perfume á todo lo que la rodea y conserva su delicado color, Mélida ha vuelto buenos y afables á todos los que la rodean, en vez de volverse ella huraña como éstos.

Ahora se están ocupando de la boda de Santiago, el hijo menor de Matías. ¡Qué esmero pone en todo Mélida, para que salga lo mejor posible! ¡Cómo se afana en coser noche y día la ropa de la novia! ¡Cómo se ocupa del casamiento y de los menores detalles de la casa de los novios!

María participa también de la admiración que todos sentimos por Mélida; algunas veces se queda contemplándola; luego me mira y me dice por lo bajo:

—¡Es un ángel!

La llegada de Honoria empezaba á hacerme aún más agradable mi voluntaria soledad: esta encantadora joven ha prestado aquí á todo nueva animación y nueva vida.

Ayuda á Mélida en todas sus obras de aguja, y